

# Tomás Carrasquilla.

## La antioqueñidad como materia novelable



Reinaldo Spitaletta

## Resumen

Este ensayo plantea cómo un escritor no sólo puede inventar un pueblo sino examinarlo en todas sus dimensiones: estéticas, sociales, históricas, en fin. Tomás Carrasquilla logra ahondar en las máculas y virtudes de la denominada antioqueñidad. Pinta con exuberancia verbal el arribismo, los nuevos ricos, las simulaciones e imposturas de una sociedad de hipócritas y vanidosos.

## Palabras clave

Carrasquilla; antioqueñidad; La Marquesa de Yolombó; élites; Frutos de mi tierra; literatura.

## 1. De cómo un escritor empelota a la sociedad

Los antioqueños —si es que puede hablarse de una cultura antioqueña sin entrar en sospechas— somos materia novelable. Yo creo que somos una creación de Carrasquilla, un sueño suyo, o una alucinación. ¿Qué podría novelarse en los tiempos de la minería, de los mazamorreros, de las barequeras que luego pintara Pedro Nel Gómez? Qué podría novelarse de un pueblo triste que no bailaba en el siglo XIX, digo en la Villa, porque sí lo hacía en los carnavales de los pueblos, en las fiestas de religión que también tenían su alta cuota de paganismo, y mucho más tarde, ya no sólo bailaba en clubes y prostíbulos sino que llegó a crear unas variaciones de la música costeña, un “chucu-chucu” (vapuleado en los setenta por el caleño Andrés Caicedo, porque, según él, estaba hecho a la medida de la burguesía, de su vulgaridad) que llenó de parrandas y ventas de discos los diciembres desde 1958 casi hasta hoy, con lo cual, además, seguimos demostrando nuestras habilidades para las imposturas, la consecución de dinero y también para la loca imaginación.

Los antioqueños somos materia novelable, que era un asunto de poca credibilidad entre gentes dedicadas a oficios más mundanos que a las artes y goces del espíritu. Así se lo hicieron saber a Tomás Carrasquilla en los días de El Casino Literario, presidido por Carlos E. Restrepo que más tarde sería Presidente de Colombia. El caso es que se discutía que en Antioquia y Medellín no había materia novelable y entonces

Carrasquilla se propuso demostrar lo contrario y escribió *Frutos de mi tierra* (1896), la primera gran novela urbana del país y que, como otras suyas, tiene un final trágico.

Y cómo no vamos a ser novelables, por ejemplo, en un pueblo como aquel que habitaba en la “arrinconada villa” y que en los tiempos de la colonia estaba sometido no sólo a la monotonía y los aburrimientos, sino algunos a la esclavitud, otros a servir a los señores, aprender la doctrina y obedecer los preceptos de la Santa Madre Iglesia; que es la voz de Carrasquilla la que nos descubre, la que nos desnuda, la que nos pone también en la picota y a uno que otro en algún altar. ¿Qué haríamos sin un novelista como Carrasquilla. Sin un cronista como él, un retratador no sólo de geografías y calles y vegetaciones, sino de caracteres y almas? Acordémonos: Antioquia eran el *Ánima Sola*, la incomunicación, el vivir en perenne estado de sitio por las montañas.

Sin el concurso del novelista, sin su talento, nosotros no sabríamos cómo fueron nuestros antepasados, cuáles eran sus pecados, cuáles sus diversiones y melancolías. Carrasquilla es como un historiador de las mentalidades y de las costumbres. Él muestra al indio o al liberto que si no iba a misa sería objeto de azotes. No olvidemos que en la Villa de la Candelaria fue el oidor de la Real Audiencia y Visitador de Antioquia Juan Antonio Mon y Velarde (el mismo que participó en la represión de los Comuneros y en la sentencia de muerte a José Antonio Galán) el que decretó azotes para los indios y negros que hablasen recio mientras sucedían los oficios religiosos, y para los que fumasen en los atrios. Bueno, Carrasquilla nos narra acerca del fuero divino que tenían los padres, tanto los de la iglesia como los de familia. Cómo era la villa colonial, cuál su permanente esplín, un villorrio dedicado a la vida cotidiana dentro de cuatro paredes, porque entonces la existencia del feligrés, del parroquiano, transcurría sin prensa, sin finanzas, sin espectáculos, sin clubes, sin parrandas ni cafetines. Y es ahí cuando Carrasquilla nos anuncia que aquellas gentes, aquella suerte de rebaño, se apacentaban en la mansedumbre de la religión y del hogar.

Es posible que para alguien con menos genio no sean novelables materias como las que se refieren, digamos, a la insoportable vida de un pueblo pequeño y un infierno grande. Pero cómo no va a ser posible —y además necesario— narrar las rutinas de un conglomerado que se levantaba con la aurora, iba a los oficios sagrados, tomaba “mediamañana”, hacía siesta, visitaba el Santísimo, tomaba el “algo”, rezaba

el rosario a las seis de la tarde. Luego, o se acostaban con las gallinas (se dirá que habiendo mujeres bonitas para qué acostarse con las gallinas) o algunos se dedicaban a los inesperados albures de los juegos de azar. Que también hemos sido pueblo de jugadores y tramposos. Nos han gustado las barajas y los dados, la timba y la cachimona, el bisbís y la ruleta.

Con seguridad en aquella villa colonial se formaron los fundamentos de lo que sería más adelante el antioqueño, con sus complejos y virtudes. Entonces, las diversiones se limitaban a la celebración de fiestas de santos, y como no había revistas de sociedad ni de modas, entonces había que gozar con el embarazo de la reina, con el nacimiento del príncipe de las Españas que era a veces más sonado que el del Niño Jesús. Y había que divertirse con el comadreo, el chisme de atrio, las conversaciones en la cocina. Eran los días en los cuales en las casas de los más acomodados soñaban con tener un hijo cura o dedicado a las leyes, y una hija monja. Pero como no siempre ocurre lo que se espera, los hijos se tornaban a veces engendros diabólicos, seres de perdición, dedicados a la truhanería, la vida licenciosa y la estafa.

Carrasquilla auscultó el alma de lo que se ha denominado la antioqueñidad, que es mito y es historia. Es más: insisto en que todos somos personajes de sus novelas, cuentos y crónicas. Tanto los de ayer, como los de ahora, y también los que vendrán. Ese es el poder de la literatura y de alguien como Carrasquilla que puede considerarse un profeta pero también un estudioso del pasado. ¿O será un inventor del pasado? Pero sigamos con los aldeanos, con aquellos que nos precedieron hace tiempos y entre los cuales estaban los que se dejaban obnubilar por los pergaminos. Había que demostrar que por las venas de una familia no corrían las sangres judías o moriscas y que nadie de su estirpe había sufrido pena de la Inquisición. Ésa también ha sido una característica nuestra: creernos de mejor raza, los únicos, los elegidos. Y en estas materias Carrasquilla también nos proporciona elementos de juicio y mandobles. Así como pinta las viejas sociedades va dando cuenta de las transformaciones, de las novedades. Así como habla de las exclusiones de antes se refiere a las de después. Es un novelista de las clases sociales, muestra el arribismo, el asco que tienen las minorías selectas



por los desposeídos. Y ya podemos certificar que el asunto no ha cambiado mucho. En estos contornos ha habido un largo desprecio por los descastados.

Todo esto se puede rastrear en *La marquesa de Yolombó*, en *Frutos de mi Tierra*, en *Ligia Cruz*, en *Grandeza*, en fin. Los imaginarios de nuestra cultura están en las obras de este escritor que tenía, además, la facultad de ser un extraordinario escuchador, pero también un estudioso de la geografía, de la flora, de los comportamientos individuales y colectivos, de la economía. Por eso, puede dar cuenta de la cultura de élite y de la cultura popular; de la

religiosidad y de la manera de hacer fortuna de una sociedad en la que los máximos valores estuvieron escenificados y fundamentados en el dinero y en cómo reproducirlo. Somos agiotistas y cacharrereros, avaros y metalizados.

Carrasquilla nos desnuda como seres humanos, como conglomerado social y como pueblo que, en muchos aspectos, lo atraviesan mentalidades y taras de colonizado. Es poco decir de un hombre o de un artista como el de Santo Domingo, que es el inventor de un pueblo. Y a su vez, su historiador. En sus obras podemos oler el oro, el boato y las ropas nuevas para una fiesta eclesiástica; saber cómo pensaba un empresario y cuáles eran las afugias de un mestizo sin tierra. ¿Qué es Antioquia, qué significa ser antioqueño, de dónde nos vienen las manchas y las virtudes? Las respuestas, con abundancia de datos y argumentos, las encontramos en las obras del viejo Carrasca.

Hay que sospechar de los estereotipos y de los reduccionismos. La situación de Carrasquilla en el contexto de la nación y en especial de la cultura de Antioquia ha sido más bien problemática. Durante mucho tiempo se le ha aislado debido a las lecturas superficiales o a esos sambenitos tan propios de nosotros en las artes de la descalificación. En un tiempo a Carrasquilla y su obra se les tildó de "costumbristas", de ser un tamal indigesto, un buñuelo duro y rancio, y en particular en las escuelas y colegios se les veía al escritor y a sus narraciones como una curiosidad llena de polillas, y además se tenía la impresión —falsa desde luego— de un viejito que

escribía bobadas. Es más: siendo como es un escritor del pueblo, un revelador de contradicciones sociales, parece que era mejor mantenerlo semiclandestino, como un "botado", como un hijo expósito. Y en esas faenas extrañas y perversas de irlo anulando se dejó empolvar su obra con el prejuicio de que era para especialistas en "antioqueñidad" de carriel y poncho o para profesionales en "raza antioqueña". Sobre él, entonces, dejamos caer miradas provincianas y nostálgicas.

Y resulta que la obra de Carrasquilla es una especie de enciclopedia sobre Antioquia, como puede ser la de William Faulkner sobre el sur de los Estados Unidos. En ella podemos hacer seguimientos sobre el arribismo y las clases emergentes, acerca de las relaciones de poder, la organización social, las modas, y por ejemplo acerca de las palabras perdidas, de los sueños esfumados, y si se quiere de los árboles y de las flores, de las maneras de expresión. Era un filólogo y un botánico y un historiador. Su capacidad, su finura en la observación, lo convierten en una suerte de cartógrafo de los mapas sociales. Pinta rasgos étnicos, maneras del llamado "buen tono", oficios, agrupaciones elegantes, vestidos, gestos callejeros, perchas y formas de hablar, pero también los modos de la apariencia y de la fanfarronada.

Lo que llamamos la antioqueñidad es una serie de rasgos, de características sociológicas, económicas, lingüísticas, en fin. Se pueden apreciar y detectar en la narrativa carrasquillesca asuntos que tienen que ver con almas de prenderos, con la compra venta, con el enriquecimiento (no siempre lícito) y con el aroma de almacén. Somos tenderos y especuladores, somos empresarios, somos adoradores del "vil metal". Somos colonizadores pero también colonizados.

En la obra de Carrasquilla se encuentra un imprescindible compendio de los oficios, las artes, las fiestas, la melancolía y la musicalidad del antioqueño. Es un tipo curioso este novelista, y a veces con una calculada mirada ingenua es capaz de mostrar, de descubrir detalles reveladores. Es un escritor de lo macro y de lo micro. Creo que su gran logro, entre tantos, es haber asimilado con maestría el lenguaje y su uso en distintos espacios sociales; no sólo no permite la pérdida de la riqueza lingüística popular y con ello la ganancia para el mundo hispano, sino que es un "inventariador" (e inventor) de pueblos, calles, templos, habitáculos, construcciones, herramientas, telas, vestuarios. También era una suerte de extemporánea casa de grabación: en sus obras quedaron impresas voces que de otro modo jamás se

hubieran conocido, como es el caso de jácaras, sainetes, coplas, rimas de pueblo... Como lo hizo en *La Marquesa*, Carrasquilla es un pionero en la utilización de los archivos orales, de la memoria de los viejos, de la tradición que se conserva y transmite por la voz de los de más edad.

De otra parte, el escritor es un vaticinador del ser antioqueño, un precursor de aquellos personajes arquetípicos que él no lograría ver pero que dejó como basamento y fermento en sus obras. Puede ser muy atrevido buscar en la narrativa de Carrasquilla lo que va a pasar en Antioquia a fines del siglo veinte. Pero se advierten ahí, en su literatura, los arribistas, los truhanes, los estafadores, los malandrines. Se muestran también los escarceos esnobistas, la afectación de ciertos círculos sociales. La mascarada. Y así, mirándolo desde nuestro minarete, somos una sociedad en la que se mueven los fastidiosos emergentes, los posudos, los que quieren aparentar. Esos comportamientos y caracteres están en Carrasquilla.

El escritor problematiza y lee ese nuevo "ser antioqueño" que procede del agro, de la minería, de la acumulación de capitales. Da cuenta de una sociedad de mercaderes y buhoneros, de comerciantes y rebuscadores; de aquellos que quieren conseguir fácil la fortuna y que persiguen la de otros. Se puede explorar en sus novelas el carácter y el nuevo espíritu emprendedor del paisa y no sin sarcasmos las maneras del derroche, del exhibicionismo obscuro del neorríco, el hombre ostentador. Sí, señores y señoras, un antioqueño fatuo que ostenta en las fiestas, en la moda, en los bailes de principios del siglo XX. Un antioqueño que gusta de lo baladí y de la novelaría. Y que cree estar ungido por el chic parisino. ¡Cómo entonces no vamos a ser materia novelable desde hace más de doscientos años! Lo que pasa es que, a diferencia de algunas novelas de hoy, Carrasquilla asume con hondura a la sociedad y su diversidad de personajes. Para ello, como grande escritor, es dueño de una mirada de dramaturgo, en la que caben la pequeña y la gran tragedia. Y aun, la comedia. Y para sus logros artísticos mantiene la tensión y la atención en el mundo de lo ordinario, de lo simple, que él es capaz de tornar extraordinario y complejo. Muestra, primero, la estructura normativa y reglamentada de la sociedad y la familia, el orden y el acatamiento, como sucede, por ejemplo, en *La marquesa de Yolombó*, y luego el quiebre de ese edificio a través de la culpa y de los elementos transgresores. Usa el erotismo cándido y el desbarajuste de lo familiar para desencadenar el acto trágico. Así pueden aparecer el

suicidio, la muerte por enfermedad, la locura, el delirio, la pérdida de identidad y del principio de realidad...

En Carrasquilla no sólo encontramos unas pruebas acerca de lo que se puede denominar como "alma antioqueña", cualquier cosa que eso sea, sino a un escritor interesado en ingente proporción por explorar el alma femenina y las ensoñaciones del mundo de la infancia. A la manera de lo que hará Faulkner, las mujeres de Carrasquilla son creativas, duras algunas veces, recias y sobre todo propulsoras del cambio como de la inclinación por mantener el orden y la cohesión familiares. Es decir, hay mujeres que pueden romper una estructura con sus actitudes, el caso, por ejemplo, de Bárbara Caballero y Alzate, como otras, muy recatadas, que cumplen con su labor de domesticación y reproducción de los valores dominantes.

## 2. Carrasquilla o la literatura como historia

En Tomás Carrasquilla hay elementos que podrían situarse en la compleja relación historia-literatura, y aunque para él la tradición oral era clave para la búsqueda y consolidación de su narrativa, es a través de sus obras que los lectores pueden o podemos detectar lo que fue y es aún Antioquia. Digamos que la obra de don Tomás es un fresco, un mural literario que nos sigue sorprendiendo e interrogando y al cual también le formulamos preguntas. A los libros debemos llegar con inquietudes, plantearles algún pleito, desafiarlos. De muchas maneras ellos nos responderán, incluso a veces para sumirnos en el desconcierto. Sabemos asimismo que la literatura es parte de la historia de la cultura. Es obvio que uno puede valerse de la narrativa del autor de San Antoñito para explorar las mentalidades, la herencia lingüística, el hombre de otros días, la Antioquia que desapareció y la otra que todavía pervive.

Carrasquilla tenía alma de historiador. Y no porque uno pudiera probar que él era un frecuentador de archivos y documentos, pero sí tenía una capacidad excepcional para explorar y beber en las consejas, en los residuos de las tradiciones, en el mito y, claro, en todos los vestigios culturales. Supo

dialogar con el pasado. Era una suerte de médium, pero también un mensajero para los hombres del futuro, para que éstos se enteraran de que la historia no había nacido con ellos.

Para el novelista es válido apoyarse en fuentes orales y en todas las fuentes, porque, como es sabido, no está haciendo historia, aunque muchas veces la literatura nos da más revelaciones, certezas e inquietantes presencias del pasado que la propia historia. Y aunque el novelista crea una realidad distinta y además verosímil, todo lo que acopia como testimonio lo puede utilizar en sus ficciones: pasó, por ejemplo, en su trilogía de *Hace tiempos* y en *La Marquesa de Yolombó*.

En la novela, en el cuento, en el relato, podemos leer también, además de la condición humana, las maneras de ser sociales, auscultar al trabajador, al político, algunas o muchas discriminaciones, el racismo, el crimen, lo oscuro de una relación, el poder. Por eso, en nuestro novelista, en ese que nos sigue inventando, podemos navegar y bucear más allá de lo aparente, de la posible narración desprevenida. Y, entonces, encontrarnos con dramas como el del hombre que pierde el oro, o como aquel que sólo posee su fuerza de trabajo para sobrevivir, o como la mujer (Ligia Cruz) que hace trizas su identidad y su nombre por estar a tono en una sociedad de falsedades e imposturas.

Carrasquilla es un escritor moderno porque puede darnos conciencia de lo que significan el fracaso y la pérdida de las ilusiones, pero a su turno nos deja, como lectores perplejos, la posibilidad de seguir buscando esas ilusiones perdidas.



Carrasquilla, no sólo con la riqueza de lenguaje sino con un talento excepcional para mostrar las clases sociales y las expresiones étnicas, nos hace entrar en los mundos del zambo, del negro, de los mulatos, de los cuarterones, de los "café con leche", de la "gentuza" y la "guacherna", pero también de los "mañés" (que pueden ser de cualquier estamento social), de los "linajudos" y de la "crem" y de los que buscan tapar con dinero sus lacras y pasados tenebrosos.

Hay otra plusvalía de relieve en nuestro novelista. Es la manera de

introducir las mentalidades, tal como se puede ver en los tiempos coloniales, con la Marquesa, en la que los hombres de la novela tienen un dueño y a su vez ese territorio y aun el oro, es del rey. Es un universo complejo el que nos describe y narra: de un lado, los criollos, los ricos, los dueños de las minas que ya saben también cómo eludir el quinto real, y por el otro, la diversidad de pensamientos de los mestizos, la religiosidad de los negros, las supersticiones y la magia, al lado de los rituales cristianos.

Se puede afirmar que el carácter diferencial de una nación, una región o un pueblo nunca puede verse completo desde las altas posiciones o desde la visión de las clases dominantes. Para Carrasquilla el exponente cultural y mental que marca diferencias ha de buscarse en las clases medias y en las populares. El realismo de nuestro autor nos permite una incursión múltiple en el mundo de los imaginarios de Antioquia, que proceden de esa simbiosis de lo negro, lo indígena, lo europeo. El mestizaje. Y además en la amalgama no sólo de pieles sino, en especial, de sentimientos. A pesar de las diferencias en términos de poder, circulan y se integran los afectos y es probable que en esa mixtura confluyan prácticas de exclusión y de inclusión social.

El novelista indaga en las raíces y esa preocupación se observa, por ejemplo, cuando se muestra a los blancos interesados por la búsqueda de sus orígenes, sus genealogías, la procedencia de sus apellidos, en últimas, su pretendida nobleza. Porque estas situaciones son asunto de poder. En cambio, en otros grupos, en los excluidos, las genealogías se tornan míticas o carecen de importancia, y la conservación de los ancestros se mantiene en los rituales, creencias, oraciones, prácticas que aparecen como pertenecientes al misterio o a lo incomprensible.

Esta situación es muy visible en La Marquesa, en la cual los imaginarios religiosos rivalizan, pero a su vez se integran en un cosmos cultural. Hay un sincretismo entre lo africano, lo indígena, lo español. Es un enorme logro artístico el de Carrasquilla el poder reunir estos elementos en su narrativa, sin que se pierdan las esencias originarias de sus personajes. Es decir, todos sabemos que doña Bárbara no piensa como negra ni como india, aunque pudiera comprometerse y admirarse por lo que hacen y piensan los otros que no pertenecen a su estirpe y clase social.

Carrasquilla nos muestra el carácter genealógico antioqueño igual que los éxodos y otras vicisitudes del mismo, por lo que podría decirse que hay mucho

de bíblico y de épico en su literatura, pero con una visión muy original, con recursos propios, con una voz suya que es, a su vez, la voz del pueblo.

En las obras de Carrasquilla podemos apreciar las variaciones de la riqueza y de las exclusiones. En la Marquesa, atravesada por mentalidades coloniales que además son de larga duración, las fortunas proceden de las minas y de las herencias. Para los ricos de más adelante, aunque aún conserven trazas de lo que fueron los tiempos coloniales, sus fortunas estarán basadas en el comercio y otras fuentes, mas no en los apellidos ni los blasones, ni en Dios ni en el rey. Así veremos, por ejemplo en *Frutos de mi tierra*, que el nuevo poder —más que los títulos nobiliarios— lo determina la posesión de dinero, la acumulación de capital, la posibilidad o de la avaricia o del derroche. El nuevo rico será entonces el nuevo rey y ese imaginario sobrevive en nuestro tiempo, en una sociedad atravesada —e hipnotizada— por el consumo y otras alienaciones. Lo vimos y padecemos hace poco, en la década de los ochenta, cuando el dinero pulverizó cierta creencia aristocrática paisa, cuando los advenedizos, aquellos que no cabían en la definición de “ricos tradicionales”, eran, muy a pesar de los señores de los clubes de alta sociedad, los reyes, los que podían comprarlo todo, hasta las conciencias y las entradas al paraíso. O a una cárcel de cinco estrellas.

Por virtud del dinero (asunto que hace siglos trató hermosamente el Arcipreste de Hita) el descastado se torna caballero. Y si los llamados nuevos ricos del siglo XIX están cortados a la usanza francesa, con señoras vestidas según los figurines llegados de París, los nuevos ricos de finales del siglo XX estarán bajo otros gustos, o malos gustos, se querrán parecer en sus indumentarias a mariachis y charros mexicanos y creerán que el ser paisa es lucir cadenas y pulseras de oro, camisas desabotonadas que muestren el pelo en el pecho y, desde luego, tener escoltas, carros finos, motos de alto cilindraje y el irrespeto hacia todo aquel que no encaje en esos parámetros de vulgaridad.

En Antioquia las “cremas y natas” de la sociedad fueron cambiando, aunque en casi todas persistieron mentalidades propias de la Colonia. Antes y después los negros pobres, los mestizos pobres, eran considerados inferiores. Ah, bueno, y si se atravesaba la desgracia y producía blancos pobres, también eran excluidos de los círculos de poder. Como se puede auscultar en la narrativa de Carrasquilla, en Antioquia puede que cambien los amos, pero los esclavos siguen siendo los mismos: así se pasa de aquellos de las

antiguas servidumbres, a los vagabundos, los desarrapados, hasta los que sólo pueden vivir del trabajo asalariado. Y si bien en los tiempos del modelo empresarial paisa, que con su paternalismo quiso acondicionar y adormecer a los obreros, hubo una élite que transformó el paisaje, pero las mentalidades y usos del poder poco se alteraron. Los de arriba, arriba. Y los de abajo, pues allá en el fondo del abismo. Bien abajo. Sin embargo, como dice un tango, a veces el barro se subleva.

Todos aquellos valores, unos bursátiles, otros basados en la posesión de oro, o en la de un almacén, o en el comercio, más tarde en el contrabando, en fin, todo aquello que aquí se considera riqueza material, es tratado por Carrasquilla, y es ahí, en esa creación admirable de personajes y situaciones, cuando nos revela como una cultura, una complejidad muchas veces indefinible. A veces somos banales y necios, como nos retrató otro poeta, León De Greiff en "Villa de la Candelaria", que en medio de los menjurjes de la bolsa de valores tenemos una "total inopia en los cerebros". Pero a veces también somos solidarios y nos da por pensar en el otro. No sé si todavía repartimos nuestras simpatías y temores entre Dios y el Diablo. Más bien, la deidad del mercado nos ha convertido en sujetos de consumo. Y si el Diablo y Dios dan plata, pues ahí estamos. Qué le vamos a hacer.

